

¿ES EL HOMBRE RELIGIOSO?

El libro de Alfredo Fierro, "Sobre la religión", plantea un problema: ¿todo hombre, por el hecho de ser hombre —y de un modo o de otro—, es religioso o, al menos, tiende a serlo?

El problema nos afecta a nosotros porque hemos pasado de una inflación nacional-católica a una liberación del agobiante yugo religioso que sufríamos los españoles. Y por primera vez se empieza a pensar que lo religioso no es algo permanente en el hombre; es más, resulta frecuente oír que lo religioso no es nada más que un producto de tiempos atrasados e incultos, y un marxista de la vieja usanza diría que este fenómeno es siempre alienante.

Los teólogos, siguiendo la frase de San Agustín, "mi corazón está inquieto hasta que descanse en ti", piensan que el incrédulo o el ateo son hombres más o menos angustiados, que no se encuentran centrados en lo que es inherente a su misma estructura humana de fondo, y lo mismo piensan los fenomenólogos y algunos especialistas en sociología o etnología de la religión. Y en el otro extremo se hallan situados los marxistas en general, y un gran número de sociólogos y antropólogos independientes.

El ateísmo de Le Dantec o de Vogt, Moleschott y Tyndall resuena todavía en nuestros oídos como cosa pasada porque cayeron todos ellos en un materialismo simplista que les llevaba a pensar que el alma era nada más que una secreción cerebral. Y de ello surgió su postura atea. No obró así, sin embargo, el marxismo, que se indignó por boca del propio Engels contra tal simplificación mecanicista y nada dialéctica. La cualidad para el marxismo es, a diferencia de lo que pensaron los científicos de hace un siglo, una realidad superior a la cantidad, aunque, eso sí, no se encuentra separada de la tierra como pensaron los idealistas, ya que supone un paso adelante irreversible en la evolución, cosa que les escapó a los materialistas decimonónicos.

Más tarde, la filosofía del análisis del lenguaje, en sus múltiples variantes, se mostró más cauta y no negó el problema de Dios y de su existencia, sino que se encogió de hombros mostrándose agnóstica ante él. Para esta filosofía, la pregunta que se podía hacer sobre Dios carecía de significado

para la inteligencia humana. Incluso planteaban algunos científicos agnósticos —como el biólogo Rostand— sólo el "ignoramus" actual; aunque —otros demasiado arriesgados— añadían el "ignorabimus", como Bertrand Russell, haciendo una premonición excesiva sobre lo que iba a pasar mañana.

Pero el tiempo pasa y ahora ya podemos encontrar, en medio de esta acerba crítica tan radical de la filosofía científica del presente, quienes se plantean la posibilidad de esta existencia de Dios, y hasta valoran el argumento ontológico de San Anselmo, seguido después por Descartes y Leibniz, y hoy renovado por alguno de estos filósofos de la ciencia como Malcolm Plantinga, Barnes y Hartshorne.

Otro problema distinto, aunque algunos lo confunden, es si hasta ahora se ha dado o no alguna sociedad sin religión. Porque parece que si "lo religioso representa una familia de fenómenos afines al cristianismo..., como el cristianismo no es un fenómeno ajeno a lo humano y social, es evidente que análogos suyos, más o menos remotos, pueden hallarse por doquier", y así podemos llegar a una conclusión positiva por razones históricas y aun prehistóricas, diciendo que siempre existieron sociedades religiosas.

Pero, ¿cuáles son, en concreto, estos análogos del cristianismo? Principalmente, dos: "tratar de satisfacer la necesidad humana de sentido y poner en acto la capacidad humana de simbolización". Estas dos características son inherentes al ser humano y, si a esto lo llamamos en algún modo religioso, habría que concluir, por tanto, que "no hay sociedad sin religión". Pero, no nos engañemos, entonces "la universalidad y la especificidad de lo religioso dependen de la amplitud con que previamente se haya definido este término". Y estamos en pleno círculo vicioso; terminando así por decir lo de Pero Grullo, que "a la mano cerrada llamaba puño", quedándose tan contento éste de haber encontrado —según él creía— algo nuevo e importante, cuando sólo había dado nombre distinto a la misma cosa, sin llegar a la entraña del asunto.

También es importante plantear otro problema, problema que yo mismo he contestado demasiado de prisa

y con excesivo optimismo en alguno de mis libros. ¿Son cristianos todos los hombres que están de buena fe en su increencia, por el hecho mismo de esa buena fe? ¿Existe, como piensa el gran teólogo escolástico de la modernidad Karl Rahner, un "cristianismo anónimo", o sea, una gran cantidad de cristianos sin saber que lo son, porque no se dan cuenta de que en el fondo lo resultan existencialmente, y únicamente en la superficie no lo parecen porque emplean otro lenguaje del que usan los creyentes? Es aquello de San Gregorio de Nacianzo cuando, hace quince siglos, decía: "Hay muchos fuera que son de los nuestros, porque sólo les falta el nombre".

No lo sé, pero sin duda resulta aparentemente un oportunismo grande de los católicos avanzados el echar en nuestro mismo saco a todos los hombres de buena voluntad, aunque ellos no quieran entrar dentro de él. Lo que sí resulta verdad es que, para el creyente, Dios no hace acepción de personas por motivos ideológicos ni de ninguna otra clase. A Dios sólo le interesa el fondo humano, y ahí es donde está él preferentemente. Y si cristiano se le llama a esto, podrían los incrédulos de buena fe ser llamados "cristianos anónimos", en este sentido tan amplio y un poco interesado para nosotros. Sin embargo, parece que lo usual es llamar cristiano —o al menos así ha sido históricamente lo más frecuente— a otra cosa mucho más específica y no sólo a esta ética natural.

Son éstos problemas de plena actualidad, y no es fácil salir de ellos con un tajante sí ni con un no rotundo. Respetemos, por tanto, la opinión de cada uno, sin caer en nuevos afanes proselitistas de captación por mera clasificación verbal incluyente; Dios —como dice el Evangelio— tiene muchas ovejas que no son del redil del fundador del cristianismo, pero eso no es propiamente cristianismo en sentido estricto.

Hoy en España comienza lentamente a aflorar un nuevo interés por lo religioso, pero eso todavía no parece ser lo cristiano, ya que éste consiste en una praxis vital profunda que no es sólo la ética natural. Pero, ¿cuántos de los verdaderamente llamados cristianos lo son en este sentido estricto? ■